


TRILOGÍA DE LA CIUDAD BLANCA 2

EVA G.<sup>ª</sup> SÁENZ DE URTURI

# LOS RITOS DEL AGUA



 Planeta



## AVISO IMPORTANTE

Para poder disfrutar de una mejor experiencia de lectura de la trilogía de la Ciudad Blanca, recomendamos leer las novelas en orden de publicación:

1. *El silencio de la ciudad blanca*
2. *Los ritos del agua*
3. *Los señores del tiempo*

En cada novela se desvelan detalles que podrían afectar al disfrute de la lectura.



Eva García Sáenz de Urturi



## Los ritos del agua

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Todos los derechos de propiedad intelectual sobre la presente obra literaria y cualquiera de sus elementos (incluyendo, entre otros, título, nombres de personajes, imágenes, ilustraciones, fotografías, gráficos, etc.) son propiedad de Editorial Planeta, S. A. U, o esta ha obtenido las preceptivas autorizaciones para su utilización e inclusión en la obra. Por lo tanto, queda terminantemente prohibido cualquier acto de reproducción, total o parcial, distribución, comunicación pública y/o transformación de la obra o de cualquiera de sus elementos; así como su modificación y/o alteración. Para cualquier uso, en cualquier medio (tal como redes sociales, etc.), ya sea de naturaleza lucrativa o comercial o de cualquier otra índole no amparado por algún límite legal, será necesario obtener el consentimiento expreso del titular de los derechos de que se trate, sin que en ningún caso la falta de respuesta pueda ser considerada autorización tácita. Asimismo, queda terminantemente prohibido suprimir o modificar el distintivo y la mención del «copyright», o cualquier otra indicación que refleje la sujeción de la obra y sus elementos a los derechos de autor

© Eva García Sáenz de Urturi, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2017

Duodécima impresión: junio de 2018

Depósito legal: B. 5.030-2017

ISBN: 978-84-08-16945-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## PRÓLOGO

—

### EL TÚNEL DE SAN ADRIÁN

*17 de noviembre de 2016, jueves*

—Estoy embarazada desde agosto —me susurró Alba, pendiente de mis gestos—, desde las fiestas de la Blanca, Unai.

Recuerdo la intensidad de aquella sensación. La sonrisa involuntaria que me iluminó noviembre. Alba embarazada. De mí. Calculé de cabeza, catorce semanas. Aquel hijo había vivido ya más que mis mellizos. Catorce semanas. Fuera de los peligros del primer trimestre. Un hijo, una hija. Alba y yo íbamos a ser padres.

Cerré los ojos, me recreé en aquellos momentos, los más felices en años. Giré la cabeza hacia el mirador de mi salón; en el exterior, una Vitoria entumecida se deshacía en lluvia y casi no podía ver los balcones blancos, al otro lado de la plaza de la Virgen Blanca. Me daba igual, el calor que sentí, venas adentro, habría podido caldear un universo.

Pero cuando me fijé en su rostro capté una muda advertencia en su mirada, una mala noticia que se avecinaba.

—¿Qué? —escribí sin comprender—. ¿Qué pasa? Sé que no es forma de empezar una relación, pero...

Alba frenó mis dedos sobre la pantalla.

—No tengo forma de saber, ahora mismo, si el hijo que espero es tuyo o de Nancho.

La mención del que fue su marido y el sonido que provocaba estallaron en algún lugar de mi cerebro y me dejaron seco como una detonación de bala. Él estaba muerto, pero ¿su simiente seguía viva en el vientre de Alba?

Para los que no conozcan mi historia previa, resumo en unas líneas: me llamo Unai López de Ayala, trabajo como perfilador en la Unidad de Investigación Criminal de la comisaría de Vitoria. A efectos prácticos, todo el mundo me conoce como Kraken. Tengo una afasia de Broca, el asesino en serie del anterior caso que resolví como pude casi me lleva por delante y me incrustó una bala en el cerebro. Todavía no soy capaz de hablar, salvo algún graznido que emito cuando no queda más opción. Pero me comunico eficazmente gracias a un programa de edición en mi móvil.

Y eso es precisamente lo que trataba de conseguir con mi jefa, la subcomisaria Alba Díaz de Salvatierra, la mujer que además..., bueno: ella.

Pero en ese momento, en el peor de los momentos, recibí un whatsapp de Estíbaliz, mi compañera. La maldije por aquella inoportuna intromisión:

—Kraken, siento interrumpir lo-que-sea-que-estés-haciendo-ahora-y-mira-que-me-alegro-por-ti, pero los de la Científica están procesando el escenario de un crimen en la zona alavesa del túnel de San Adrián. La subcomisaria Salvatierra tiene el móvil apagado. Me gustaría que vinieras conmigo, es importante.

Le hice un gesto a Alba para que leyera también el mensaje. Cruzamos una mirada preocupada y ella se apresuró a tomar el móvil del abrigo de su bolsillo y lo encendió.

—Esti, siento que tengas un aviso, pero yo estoy de baja. La subcomisaria te llama ahora mismo. ¿Qué ha ocurrido? —escribí.

—Mujer joven, colgada de una sogá por los pies, posible muerte por inmersión.

—¿Inmersión, en lo alto de un monte? —contesté sin pensarlo. Creo que el perfilador encendió el interruptor sin mi permiso en cuanto detectó aquella incongruencia.

—Así es. Tenía el cuerpo sumergido hasta la altura de los hombros en un caldero de bronce lleno de agua, Kraken. Una pieza arqueológica, de museo, habrá que consultar con un experto, pero parece que es un caldero de la época celta. Una muerte muy extraña, un escenario muy elaborado. No es un homicidio cualquiera. Quiero pedirle a la subcomisaria que hable



con el juez Olano para que te autorice a estar presente en la inspección ocular en calidad de perito. Espero equivocarme, espero que no nos tengamos que enfrentar de nuevo a un asesino serial, pero tú eres uno de los mejores perfiladores que conozco y necesito que, si me asignan el caso, estés a mi lado para asesorarme.

No pude evitar hacer conjeturas, no pude evitar imaginarme el escenario y desear verlo con mis propios ojos. Pero me frené. Continuaba de baja, seguía sin hablar, ya no estaba en activo. No podía ayudarla.

—De acuerdo. Parece muy inusual, pero puedes hacerlo sola, yo no puedo ni debo ir —recaqué con la esperanza de que no siguiera insistiendo.

—Kraken..., antes de que te enteres por la prensa, que la habrá, prefiero decírtelo yo misma. Te estoy dando la oportunidad de que vengas conmigo y veas el escenario y a la víctima. Creo que me lo vas a echar en cara toda la vida si no te lo cuento ahora.

—No entiendo nada, Esti.

—La chica iba documentada. No le robaron la cartera y estaba en el suelo, posiblemente se le cayó del bolsillo.

—¿Quién demonios es? —escribí inquieto.

—Es Ana Belén Liaño, tu primera novia. La chica con la que saliste antes de lo que ocurrió aquel verano en el campamento cántabro...

—Ya, Esti. Ya —la frené incómodo—. ¿Tú qué sabes de todo aquello?

—Lutxo le contó toda la historia a mi hermano.

«Annabel Lee», pensé, sin querer aceptarlo. Nunca la imaginé muerta, a pesar de cuánto le gustaba jugar con la muerte y todos sus ritos.

«Annabel Lee está muerta.»

—Hay otra cosa, debes saberlo.

—¿Qué más puede haber?

—Estaba embarazada.



## EL MONTE DOBRA

*4 de septiembre de 2016, domingo*

Hoy he vuelto al estanque, padre.

Mi madrina me prohibió hacerlo. Era la única norma que realmente le habría herido que yo transgrediese. No volver a buscarle. No volver a por ti. De sobra sabíamos de lo que era capaz Barba Azul tan solo por sentirse husmeado.

Hoy leo, con perplejidad, el titular infame en *El Periódico Cántabro*:

JOVEN DE VEINTITRÉS AÑOS HALLADA MUERTA

EN LA CIMA DEL MONTE DOBRA

Continúa el misterio de los jóvenes suicidas

Ha aparecido el cadáver de la joven G. T., de veintitrés años, natural de Santander. Ya son tres los jóvenes que en distintos montes de la costa cantábrica han sido hallados muertos debido a la hipotermia después de desprenderse de sus ropas y pasar la noche a la intemperie. Ninguno de ellos presentaba signos externos de violencia. ¿Se trata de una moda, acaso un efecto imitación...? La Policía no encuentra explicación ni conexión alguna entre las víctimas.

Los investigadores están, de nuevo, desconcertados. El tercero ya con las mismas extrañas pautas: jóvenes, algunos casi adolescentes, que ascienden a una cima en la provincia de Cantabria, se desnudan al caer la noche y aparecen muertos de frío a

la mañana siguiente. Ningún indicio, ninguna motivación después de hacer una autopsia a las vidas de sus familias.

Cómo no.

Cómo habría de encontrar algo quien no quiere reparar en lo que tiene delante.

Tras una búsqueda sinuosa he accedido a la foto de la joven, Barba Azul. Comparte mis rasgos, a su manera. Me dijisteis que había muerto. Me mirasteis a los ojos y me dijisteis que estaba muerta, maldita sea. Os la quedasteis.

Juré a mi madrina no acercarme, no rastrear, pero hoy voy a masticar y escupir esas promesas porque no tienes ni idea de la rabia que ahora mismo se me está derramando y me ahoga estas entrañas que tú pudraste.

Y pese a todo, mi drama es que te extraño, padre. Extraño tus atenciones, esa manera tan tuya de fingir frente a todos que yo te importaba, antes del último verano y de todo lo que ocurrió en ese espacio entre el poblado y los acantilados donde perdí mi primera vida.

A veces cerraba los ojos y hacía un esfuerzo por sumarme a tu público y simular que yo también lo creía, que realmente existía un universo paralelo en el que eras un buen padre y me querías bien, no de ese modo tuyo tan nocivo.

Inútil. Nunca conseguí creerlo.

Estoy fumando y bebiendo más que de costumbre. Ayer me metí en una pelea. Tengo que reinventarme una vez más, poner orden en mi vida. Ser otra persona, cualquiera, que no sea yo.

Ya estoy de vuelta, padre.

## LA SIERRA DEL AIZKORRI-ARATZ

*17 de noviembre de 2016, jueves*

¿Que quién era Annabel Lee? Veamos, yo iba a sumar dieciséis veranos por aquel entonces. Ana Belén Liaño se presentó en Cabezón de la Sal, una villa cántabra cercana a la costa, el primer día de las colonias estivales donde Lutxo, Asier, Jota y yo —el núcleo duro de la cuadrilla de San Viator— habíamos decidido pasar el mejor julio de nuestras cortas y todavía inciertas vidas.

Ella llevaba una melena negra y lisa hasta la cintura, un flequillo recto sobre los ojos que no le permitía una visión de la vida mínimamente segura y las ideas tan claras que ni los adultos la cuestionaban.

Al principio me fastidió su actitud, después me intrigó y la tercera noche de campamento no pude pegar ojo, pendiente de esa mezcla de gemidos y susurros que se le escapaban cuando dormía a varios sacos de distancia. Estaba ya, digamos, bastante entregado a su causa.

A una edad en la que la mayoría de nosotros no teníamos nada claro lo que íbamos a estudiar al terminar COU, y mucho menos lo que queríamos ser en la vida, Ana Belén Liaño era ya una dibujante de cómics consumada, y el seudónimo con el que firmaba sus artísticos y oscuros garabatos, Annabel Lee, el personaje del poema de Edgar Allan Poe, tenía pese a su juventud ya cierto renombre en el mundillo patrio: erótico, gótico, posapocalíptico...

Nada se le resistía, pasaba de límites y géneros, pese a que sus referentes creativos eran Gustavo Adolfo Bécquer, Lord Byron y

William Blake. Era una chica pegada a un rotulador Staedtler negro y a menudo llevaba los antebrazos dibujados con viñetas improvisadas que se le ocurrían en cualquier momento: mientras fregábamos los tazones de metal del desayuno, o cuando Saúl Tovar, el director del campamento, nos llenaba la cabeza de pájaros con ritos y antiguos vestigios mientras nos conducía en un autobús cochambroso a lugares con cierta magia en toda la costa norte, como San Juan de Gaztelugatxe en Vizcaya o la playa de Deba en Guipúzcoa.

Annabel Lee tenía más rarezas. Llevaba una bruma permanentemente cosida a su estado de humor, era vaga en sus respuestas, todos sabíamos que le fascinaba más su salvaje mundo interior que nuestra anodina edad de paso a la vida adulta. Era como una tía sin edad, ni cría ni adulta. Le importaba mucho su soledad y la mimaba como algunos viudos a sus gatos de angora: con dedicación y dándoles lo mejor del día.

Así que le bastaron cuatro días y tres noches para dejarme noqueado un corazón por entonces bastante virgen y con pocas cicatrices que lamerse. Infeliz. Se lo llevó, lo alimentó, dejó que se hiciese a su silenciosa e inquietante compañía y lo escupió cuando..., aún no lo sé.

No sé qué maldito motivo la llevó a desprenderse de él con esa..., iba a decir indiferencia, pero no. Alguien altivo es indiferente, ella podía llegar a ser cálida. Lo que ocurría en realidad era que Annabel caminaba por un universo paralelo que a veces confluía con el nuestro y muchas otras veces no, pero ella actuaba en otro lugar, en otro orden de cosas, las suyas propias y las de sus fantasmagóricas fantasías. Por eso su muerte no se me antojaba demasiado real ni concreta, solo un final alternativo de alguno de sus cómics.

Uno tiende a pensar que los que crean esas historias no se van ni envejecen, simplemente permanecen: eso era lo que siempre pensé de Annabel Lee, pese a que llevaba años sin querer saber nada de ella después del modo en que acabó aquel verano.

En cuanto llegamos a la explanada y me bajé del Patrol de la Unidad, un viento muy frío me golpeó la cara a modo de violen-

ta bienvenida a la realidad. A Estíbaliz y su metro sesenta por poco se los lleva monte arriba. Mi compañera se sacó el flequillo pelirrojo de la boca y continuó avanzando. Después de las lluvias de los días anteriores, todo el camino que nos llevaba al túnel de San Adrián estaba embarrado, y las previsiones del tiempo se adivinaban certeras, porque anunciaban tormentas con granizo y los nubarrones cargados que nos traía el norte parecían dar la razón a los meteorólogos.

—¿Estás preparado, Kraken? —me tanteó Estíbaliz un poco preocupada—. La subcomisaria me ha autorizado a que estés presente como perito, pero no sabe que la conocías.

—Y prefiero que de momento no lo sepa —le escribí en mi móvil y se lo enseñé.

Ella guiñó el ojo, conforme.

Ese era yo, el amigo de la comunicación conyugal.

—Creo que de entrada será mejor —asintió—. Vamos, en un par de horas va a anochecer. De todos modos, ¿hay algo que debería saber acerca de la víctima? ¿Algo en su estilo de vida que pueda ser trascendente dado el modo en que ha acabado?

—No, que yo sepa —le dije con un encogimiento de hombros.

«No voy a contarte todo lo que ocurrió aquel verano, Estíbaliz. Ni estoy preparado ni quiero compartirlo», callé.

Habíamos llegado al túnel de San Adrián, en el Parque Natural de Aizkorri-Aratz por la carretera de Zegama, ya que en el camino guipuzcoano se hallaba el aparcamiento más cercano a la cima. Allí vimos un par de coches de la Científica, así que comenzamos el ascenso.

Un estrecho sendero de grava que tanto Esti como yo habíamos recorrido una docena de veces antes nos guió hasta la boca del túnel. Atravesamos el arco ojival de la entrada y cruzamos los casi sesenta metros de la cueva, dejando a la derecha una ermita restaurada y el pequeño yacimiento en el que un grupo de arqueólogos trabajaba cada verano.

La luz se estaba yendo por momentos en una tarde tensa que ya expiraba. En el hayedo que quedaba a nuestras espaldas, las hojas verdes y doradas se movían inquietas, golpeadas por un viento bastante intenso.

A mí me gustaba escuchar durante las noches de ventisca el sonido de las hojas de las hayas y los robles de mi sierra, cuando dormía en la casa del abuelo en Villaverde. Era como un concierto donde sobaban los humanos, aunque aquel día el rumor vegetal no me pareció tan soberbio. Sí que era sobrecogedor, pero no me relajó como otras veces, desde luego que no.

El túnel de San Adrián terminaba con una gran boca apaizada horadada en la roca. Un orificio natural por el que habían transitado los caminantes y viajeros desde la prehistoria y había sido durante siglos un paso del Camino de Santiago del Norte.

Decían que hasta Carlos V tuvo que inclinarse por primera vez en su vida para cruzarlo, y a pesar de desconocer la estatura de aquel monarca, yo sí que tuve que agachar la cabeza para acceder a la parte alavesa que aquella tarde desahuciable se había convertido en el escenario de un homicidio.

Subimos unos metros por una estrecha cascajera y vimos a Andoni Cuesta, un compañero de la Científica. Un tío ya en los cincuenta, muy metódico, de los que se quedan hasta última hora sin torcer el gesto, que nos señaló la entrada a la escena del crimen. Todo el perímetro estaba ya precintado y solo se podía acceder por un tramo sin cerrar.

—¿Cómo va todo, Cuesta? —le preguntó Estíbaliz con un gesto cómplice. Sabía que Esti y él se llevaban muy bien y solían tomar café cuando coincidían en la comisaría de Portal de Foronda, en el barrio de Lakua—. Dime que tú has sido el misterioso vitoriano al que le han tocado los tres millones de euros en la Primitiva, porque entonces no te libras de invitarme mañana.

Todo el mundo hablaba en Vitoria desde hacía varias semanas del boleto sellado en una administración de lotería del centro y de la identidad del agraciado. Todo el mundo especulaba acerca de si el ganador era su vecino del quinto, que llevaba días sin coincidir en el portal y se había perdido el partido del domingo del Alavés, o del cuñado que no contestaba el teléfono y se había despedido de su trabajo en la Mercedes sin dar explicaciones.

—Qué más quisiera, la verdad. Pero no, no es el caso. En cuanto a la inspección ocular, no hemos hecho más que empear, inspectora Gauna. Pero aún nos queda mucho por proce-



sar. Y quiero llegar a casa a darles un beso de buenas noches a mis hijos. El mayor tiene partido con los cadetes este fin de semana y está que se me sube por las paredes. Y por cierto, si yo fuese el ganador de la lotería, le compraba a mi hijo el equipo entero del Baskonia, con la directiva y el entrenador incluidos, para que no me lo pongan siempre de suplente —comentó Cuesta entre risueño y preocupado, agachado junto a su maletín. Era un tipo rechoncho y afable, de brazos cortos, su pequeña silueta era fácilmente identificable en todas las inspecciones oculares pese al buzo blanco que lo uniformaba a él y a los otros dos técnicos—. Poneos los chapines y tened cuidado dónde pisáis. Esto está lleno de huellas de botas de monte y va a ser un suplicio identificar todas.

Le obedecemos y nos colocamos también unos guantes que nos tendió.

El juez Olano había autorizado la inspección ocular, pero me aposté el cuello y lo gané a que su señoría no se había personado en plena sierra del Aizkorri para ordenar el levantamiento del cadáver, sino que había enviado al secretario judicial para hacer las gestiones por él.

Obedecemos a Cuesta y avanzamos hacia una zona boscosa hasta que encontramos a la doctora Guevara, la forense, tomando notas junto al árbol donde pudimos ver el cuerpo colgado de una mujer. A unos metros de distancia el secretario judicial y el inspector Goyo Muguruza, al frente de los técnicos de la Científica, charlaban en voz baja señalando una chamarra de calaveras con capucha que a todas luces había pertenecido a la difunta.

El secretario, un hombre zurdo de pelo blanco y nariz alargada, asentía con gesto grave y tomaba nota de las indicaciones de Goyo.

A sus pies, un maletín abierto con todo el material necesario para preservar la cadena de custodia de los indicios físicos que estaban recogiendo.

Encontrar a Annabel después de tantos años, amén de mi consabida aversión a los cadáveres, fue demasiado para mi estómago y tuve que girarme y disimular una arcada. Esti me cubrió, adelantándose y tendiéndole la mano a la forense.

—Inspectora Gauna, me alegro de verla. Veo que el inspec-

tor Ayala ya está de nuevo con nosotros —comentó la doctora Guevara, y fingió no darse por enterada del mal estado en que me encontraba.

Era una mujer de unos cincuenta años, bastante menuda y con unas mejillas planas que siempre estaban sonrosadas por la rosácea. Era callada y eficiente, como un robot en modo silencio.

Yo le tenía aprecio después de los años que llevábamos colaborando juntos. Jamás ponía un mal gesto si le pedía que priorizara alguna autopsia y tenía la rara virtud de entenderse bien con todos los jueces que le habían ido asignando, fuese el marrón que fuese. Confiable como un diésel, vamos.

—Hoy ha venido en calidad de perito en Perfilación, se reincorporará en breve —mintió Estíbaliz como si llevase haciéndolo de maravilla toda la vida—. ¿Puede adelantarnos ya algo, doctora?

Miré a la muerta que un día fue mi novia, mi primer amor, mi primera noche de... La miré pese a que estaba atada por los pies cabeza abajo, con su melena negra larguísima y algunos de sus mechones todavía mojados, barriendo el suelo de piedras, y el flequillo espeso dejando por una vez la frente despejada. Ojos abiertos. No los cerró pese a morir con la cabeza dentro de un caldero de bronce hasta arriba de agua.

«Qué valiente fuiste, Annabel.»

Tenía las manos atadas a la espalda con unas bridas de plástico, sin anillo de casada, unos pantalones de montaña y un forro polar que por efecto de la gravedad dejaba al descubierto parte de una barriga ya hinchada..., ¿cuatro, cinco meses? Su línea alba algo pigmentada. Unos tobillos firmemente sujetos a una soga que pendía de una sólida rama, a unos dos metros y medio del suelo.

Había que ser muy cabrón para hacerle eso, pese a sus juegos, pese a que se pasó la vida repeliendo a todos los que su presencia atraía.

«¿En qué líos andabas metida esta vez?», le susurré en mi cabeza dañada.

Y mientras Estíbaliz y la forense caminaron unos pasos para acercarse al caldero de bronce, sin darme cuenta hinqué la rodilla frente a ella y recité:

«Aquí termina tu caza, aquí comienza la mía».

Y durante unos momentos creí ser yo de nuevo, el inspector Ayala, no un tibio reflejo de su reflejo, y tenía un trabajo que me absorbía y una nueva obsesión que sepultaba mis carencias y los traumas que ya se me iban acumulando.

Por ejemplo, que mi jefa estuviera embarazada y no supiera si era de mí o de un asesino en serie.